

DIA TREINTA Y SEIS.

La segunda historia narrada por el pintor no se hizo esperar mucho á la curiosidad de los felices habitantes de la Cartuja. Reunidos como de costumbre, nuestros amigos, Derbin se espresó de esta manera.

EL PEQUEÑO AMOLADOR

Ó EL HEREDERO.

Aquí, señores, no se representa la escena en Paris, sino en un lugarejo. Jacobo Lamarre era un viñador, que habiendo perdido á su mujer, que ló con cuatro hijos llamados Jorge, Santiago, Esteban y Bautista. No tenia este padre motivos para gloriarse de los tres hijos mayores;—Bautista no tenia mas que cuatro años—porque Jorge habia sentado plaza de soldado, Santiago trabajaba á jornal con otro viñador, en vez de ayudar á su padre, y Esteban era un

haragan que no queria dedicarse á nada. No habiendo Jacobo podido reunir algunos bienes, falleció dejando á sus hijos varias deudas, que como es fácil de creer, ninguno de ellos pensó en pagar. Antes de morir, llamando á Santiago, á Esteban y al niño Bautista:—Vais á perderme, hijos míos, les dijo, y al sentimiento con que muero por no poder dejaros algo, se agrega otro no menos doloroso para mi corazón. Conocéis muy bien á mi hermana mayor y tia vuestra... á la buena Genoveva Lamarre, que ya tiene cerca de setenta años. ya veis cuán achacosa está, y se queda sin consuelo en esta vida, porque solo yo procuraba aliviar en lo posible su situacion. Pero no necesita trabajar para vivir, y aún sospecho que tiene mas de lo que parece, pues el único defecto que conozco en ella, es una avaricia sin igual; siendo en lo demas una mujer completa!..... Quiero, pues, que despues de mi muerte la visiteis con frecuencia; la deis gusto en todo; y la mireis con el mismo respeto que á vuestro padre, haciendo en una palabra, que se olvide de mi pérdida, si es posible. Vuestro propio interés debe aconsejaros que sigais mi voluntad, porque si mi hermana es tan rica como cuentan, y no teniendo mas herederos que vosotros, os quedarán sus bienes, y procurando visitarla á menudo, amarla y consolarla, impedireis que los deje á otros.

Prometedme, pues, hijos míos, que no la abandonareis.

Esteban y Santiago, que tenían muy mal corazón, no respondieron, guardando un silencio que afligió con justa razón al moribundo padre, y haciendo éste que se le acercara el niño Bautista:—Hijo mío, le dice, tú eres todavía muy tierno; pero has entendido lo que acabé de decir?...—Oh! papá, lo he entendido bien; no decís que debo amar á mi tía Genoveva como á vos mismo?—Eso es.—Pues no me olvidaré de ello.—Con qué me prometes, que á falta de tus hermanos, con quienes ya no debo contar, servirás de hijo á tu tía?—Sí, papá.—La pobrecilla está casi imposibilitada, y por eso no me asiste en mis postreros instantes; pero cuántas lágrimas le ha de costar mi fallecimiento!..... Idos vosotros, idos, porque vuestra presencia me aflige aquí mas de lo que me consuela.

Dirigió estas palabras á Esteban y á Santiago que se retiraron con la mas culpable indiferencia. Espiró el anciano, y al punto vinieron á buscar á Bautista para llevarle á casa de su tía, que tomó á su cargo la crianza del amable niño.

Volvióse Santiago á casa de su amo; Esteban que sabia escribir medianamente, entró á servir de oficial á un escribano del pueblo, y Jorge continuó en su regimiento; de modo que Bautista se quedó solo con su tía, á quien amó, se-

gun se lo habia prometido á su padre. Era la buena Genoveva una campesina sencilla, ignorante y desaseada, porque su avaricia no tenía límites. Pocas eran sus alhajas, y los mas de sus muebles carcomidos, se venían al suelo de viejos; y aunque su edad avanzada, y los achaques que padecía exigían que se alimentase con manjares sanos, no quería comprar ni aun aquellas cosas de primera necesidad para la subsistencia; tenía un génio muy regañón, caprichoso y pendenciero, pero anaba á Bautista; y este niño, que tenía un excelente corazón la quería, sin advertir ninguno de aquellos defectos. Luego que llegó á los doce años, Genoveva, que ya tenía setenta y ocho, que necesitaba de su compañía mas que nunca, pero que sentía el que le comiese mucho pan, quiso que se dedicase á un oficio para ganarlo.

Un amolador de la vecindad enseñó su oficio al muchacho, que por cierto no era muy difícil. Compróle su tía un carretoncillo, una muela y lo demás necesario; y todas las mañanas le hacia correr por los lugares del contorno, mandándole que volviese á la noche con lo que habia ganado por el día. Cumplía Bautista con la mayor puntualidad estas órdenes, atravesando por todas partes con este pregon: *Amolador!... Se afilan cuchillos y tijeras!... trabaja-ba cuanto podia; ganaba sus dos reales un día*

con otro, y se los traía fielmente á su tia, quien los guardaba separadamente, para comprarle ropa y lo demas que necesitase.

Cinco años pasó en este ejercicio nuestro pequeño amolador. Tenia entonces diez y siete, y ya era corpulento y gallardo. Sin embargo, hacia algunos meses que andaba mas sério y pensativo de lo que acostumbraba, y era la causa que habia tocado el amor su corazon; suspiraba, pero en secreto, porque Isabel, objeto de sus cariños, era hija de un rico, y no podia prometerse que lograria su mano. Quién era esa Isabel, me preguntareis? Era una muchacha que cosia de fino, y hacia otras habilidades, hija del señor Patin, famoso escribano de número de aquel partido. Mas es el caso, que el tal señor Patin, causaba indecible respeto á Bautista, porque siempre andaba vestido de casa negra, calzon de pana, medias negras de lana y llevaba perennemente una pluma de buitre entre los cordones del sombrero, y un tinteron perdurable, que se asomaba por la faltriquera. Ya veis, pues, si Bautista tendria miedo á este espantajo. Isabel era hermosa y agraciada; pero aunque parecia señora por el vestido, era este del tiempo de nuestras abuelas, y aun por eso nuestro Bautista nunca tenia el atrevimiento de acercarse á ella sin un profundo respeto y una gran timidez.

A pesar de todo, el corazon de Isabel no era altanero en proporcion á su origen distinguido. No dejó de advertir la impresion que habia causado en el mancebo; examinólo con mas atencion y hubo de enternecerse; pero disimuló su cariño como debe hacerlo toda doncella pudorosa. Dos corazones que se aman, no es posible que vivan largo tiempo sin penetrar su reciproco afecto; y nuestros jóvenes, despues de sus amorosas confidencias, apetecian que terminase su situacion por medio del matrimonio. Mas ay! que el terrible señor Patin, que tenia ojos de lince, prohibió á su hija el hablar con nuestro desventurado Bautista!—Es preciso, la dijo, que no hables ni mires á ese mancebo; la hija de todo un escribano de número atreverse á poner los ojos en un miserable amolador! Es posible que así te olvides de los pañales en que te han criado?—Pero, padre mio, si me ama?...—Déjale que te ame; yo bien sé que eres bonita, y que no puedes impedir eso; pero puedes y debes dejar de amarle, prohibirle que te hable, que te vea; y en fin, yo lo mando, valiéndome de la autoridad que tengo sobre tí.

La pobre Isabel lloraba, el señor Patin reiteraba sus prohibiciones, y todo esto no evitaba que los dos amantes conferenciasen de vez en cuando y á hurtadillas.—En verdad, decia Bautista, que si yo fuese rico....—Y qué haríamos

con eso, contestaba Isabel, piensas que te amaría mas de lo que te amo? pero tienes razon, pues en ese caso consentiria mi padre en nuestro matrimonio, porque es amigo del dinero, y tú serias escribano tambien.

Suspiraban los dos amantes, despedíanse muy enternecidos; y Bautista proseguia en su trabajo; mas ocupado su pensamiento en Isabel, ya no sabia lo que hacia; su pié no daba el mismo giro á la rueda, mellaba los cuchillos ó los gastaba con exceso en vez de darles filo: por último, quejábanse los parroquianos, y la ganancia iba desapareciendo.

Tal era el estado de las cosas, cuando una grave enfermedad aproximó el fin de Genoveva. No la abandonaron el cura del lugar ni el barbero; el mismo Bautista dejó descansar su carreton, y olvidado de su amada y del mundo entero para pensar solo en su bienhechora, se le veia clavado dia y noche á la cabecera de su cama. Como ninguno de sus hermanos viniese á ver á la enferma, se afligió esta en extremo, y en aquellos ratos en que podia pronunciar algunas palabras, se la oia decir: "*Ingratos!... Ingratos!... pero Bautista no lo es!*"

En otros, repetia con frecuencia: "Tengo tres sillas poltronas, tres hermosas poltronas... Bautista, te las llevarás, pues quiero que sean tuyas... Sí, todo, todo es tuyo."

El párroco, que era un hombre grave y respetado, le decia á Bautista:—Oyes lo que dice la abuela? quiere que te lleves las tres sillas poltronas...—Pero qué querrá decir, señor cura, ese *todo*?—Quiere decir, si no me engaño, todo lo que componen las sillas, como son la piel, la madera, los clavos dorados, etc.

Algunas horas antes de morir pudo decirle la vieja:—Señor cura, tamad aquel cofrecito que veis allí... ahí ponía yo el dinero que mi chico ganaba diariamente; hacedme favor de entregárselo.

Habia como unos cuatrocientos reales en el cofrecillo, que á Bautista le parecieron un caudal, y desde luego se prometió que ya podia solicitar la mano de Isabel. La moribunda entró despues en una terrible convulsion, y solo pudo balbutir:—*A Bautista las sillas, todo, todo, todo...* Y dicho esto entregó el alma á Dios.

Horas despues se presentan sus hermanos Esteban y Santiago, y hasta el mismo Jorge que habia obtenido licencia de su coronel; los tres aguardaban en la calle á que su tia diese la última boqueada para manifestarse en calidad de herederos. Llevaban consigo al señor Patin para las precisas diligencias de su oficio; y viendo el párroco la escesiva codicia de los tres mozos que todo lo registraban con la mayor minuciosidad, formando un inventario hasta de

las telas de araña, se retiró muy desazonado, deplorando tan sórdida venalidad. El pobre Bautista, con la voz ahogada entre sollozos, les dijo:—Yo no quiero nada, mas que las tres sillas que mi tía me ha dejado, y podeis cargar con el resto de la herencia.—Sea en buen hora, contestó Santiago; señor Patin, escribid que Bautista se contenta con esos tres derrengados muebles, y que no quiere otra cosa.

Jorge, Esteban y Santiago se dividen entre sí la hermosa vajilla de estaño, una mesa, las cacerolas, el caldero, el gran catre con colgaduras de sarga; y en fin, todo lo que hallaron. Apoderóse tambien Jorge de la cuarta silla poltrona, tan carcomida y descostillada, que solo podia servir para la lumbre, como así sucedió. Acabado el famoso inventario, y estipulado lo que cada uno habia de llevar, formaron una acta los cuatro hermanos y cada cual cargó aceleradamente con su botín.

Bautista alquiló un cuarto en la casa de un vacino á donde hizo llevar sus tres poltronas, y tuvo el señor cura la bondad de pasar con él todo el dia para consolarle como lo necesitaba.

Entretanto, Jorge y sus hermanos que habian pretendido encontrar grandes tesoros en la casa de la difunta, estaban maravillados de no haber hallado mas que algunas monedas. Luego que Jorge volvió á su casa hizo pedazos la

carcomida silla que habia llevado; mas cuál fué su asombro, viendo caer por el suelo dos onzas de oro... todo lo registra, deshace la cerda, y no halla nada.—Cielos! exclamó: las de Bautista son las que tienen el tesoro! Hé ahí lo que son estas viejas avarientas! No saben qué hacer con el dinero y lo entierran ó lo esconden entre los muebles. Fuése á casa de Bautista á quien halló acompañado del cura párroco, y le refirió el hallazgo.

El cura, que comprendió entonces el sentido de las palabras de la vieja, empeñó á Bautista para que esclavase sus antiguas sillas y aún le ayudó en este trabajo. En efecto, encontraron mas de doscientas onzas en los asientos y respaldos.—Oh! qué caudal! exclamó Bautista!—Pues todo es tuyo, le contestó el cura; soy testigo de que tu tía te ha dado esas tres sillas con lo contenido en ellas; y tus mismos hermanos te las han dejado, reconociendo tu propiedad. El cielo castiga á esos ingratos por la indigna conducta que observaron con su padre y con la buena Génoveva.—Oh! señor cura, qué dichoso soy! Ahora sí que lograré la mano de mi querida Isabel.—Lo creo, y yo mismo interpondré mi influencia con su padre.

Retiróse el cura, y nuestro Bautista pasó una noche muy agitada, ya por el sentimiento de haber perdido á una tía que le servia de ma-

dre, ya por la inquietud respecto de la dicha que le aguardaba. Levantóse al rayar el día, alifóse lo mejor que pudo, y se fué á casa del escribano, á quien halló paseándose por la huerta de bata y gorro. Que felicidad! Isabel estaba tambien con él.

El buen párroco habia ya obtenido el consentimiento del escribano para el matrimonio de Bautista con Isabel, de manera que apenas tuvo que añadir el amolador algunas palabras sobre el asunto.

Casóse de allí á pocos meses el afortunado Bautista con su adorada; instruyéndose con el suegro, sucedióle, adquirió nuevos conocimientos, granjeóse la amistad de las notabilidades del pueblo, y con el producto de sus negocios, ha podido comprar la granja de Franval, situada á cuatro leguas de aquí, que le deja bastante.

Fué muy bien recibida por los oyentes, la historia de Bautista y dió motivo á las conversaciones de aquel día. En la noche entró en el salon, y se dirigió hácia el señor Arleville, su sobrino Hipólito Duverney, á quien conocieron al instante sus primos por haberle visto en Paris. Luego daremos noticias de sus lances y aventuras, que no dejarán de entretener al lector.

DIA TREINTA Y SIETE.

Recibió madama de Arleville al jóven Hipólito con bastante agasajo, aunque no le estimaba mucho, porque desde niño habia sido travieso, atolondrado é inconsecuente, con sus conatos de calavera; pero al fin era sobrino del señor Arleville, su deudo mas cercano; y era forzoso tratarle con indulgencia y aun con algun miramiento. Por otra parte, Hipólito estaba ya muy mudado, como luego veremos.

Reunidos nuestros personajes el dia siguiente como de costumbre, Hipólito ocupó un asiento en medio de todos, y habló así:

UN EXCELENTE PRECEPTOR.

Antes de referiros mis propios sucesos, quiero que conozcais al hombre apreciable á quien debo la dichosa mudanza de mi conducta y mi